

CAPITULO VII

MUERTE DE ALEJANDRO VI Y CAÍDA DE CÉSAR

En tanto que se desarrollaban los sucesos que acabamos de narrar en el capítulo anterior, la situación de Nápoles seguía complicándose. Como sabemos, este reino era teatro de las contiendas entre españoles y franceses, que se disputaban su posesión después de haber coadyuvado a la conquista. Desde que se rompiera el primitivo acuerdo por diferencias en la partición del botín, el equilibrio no se había restablecido, empeñándose las dos potencias en una guerra de cuyas consecuencias pendía en gran parte la suerte de los otros Estados italianos. A la sazón, desde la derrota sufrida por los franceses en Cerignola el 28 de abril de 1503, predominaba España, pero los franceses parecían querer restablecer su anterior situación por medio de un ejército poderoso que empezaba a atravesar la Italia de Norte a Sur; Alejandro VI temía, muy fundadamente por cierto, que estas tropas intervinieran en sus posesiones o en las del duque de Romaña.

La verdad era que la política se presentaba difícil para la Iglesia y, por consiguiente, para César Borgia, debido a tales circunstancias; el papa había empezado a darse cuenta del error cometido al sancionar con su aprobación el inicuo tratado de reparto de Nápoles concertado entre Francia y España. Estas dos grandes potencias, establecidas en las fronteras mismas de los Estados pontificios, daban ya demasiado qué hacer a Alejandro y al duque, para que

no se sintieran amenazados en su seguridad por una veindad tan peligrosa. En una conversación tenida con el embajador veneciano Giustiniani, el papa pronunció la siguiente frase consignada en los despachos del mismo : « Si el Señor no hubiera introducido la discordia entre Francia y España, ¿qué sería de nosotros? »

Era indispensable que el Vaticano se pusiese de parte de uno o de otro de los contendientes, y aquí se hallaba precisamente la gran dificultad de la cuestión, pues no hallándose decidida la victoria entre ellos, se requería para obrar una agudísima perspicacia, ya que un paso en falso en semejante terreno podía traer todo género de males.

César Borgia necesitaba en tal momento más que nunca el apoyo de la Iglesia, pues se hallaba en vías de consolidar su poder en tal forma, que ni aún de ella necesitara, si bien todavía no había conseguido completamente sus propósitos. De aquí que él y su padre permanecieran indecisos, sin atreverse a manifestarse abiertamente por uno ni otro de los combatientes. En realidad, la situación del papa era la de un verdadero árbitro; él podía, si así lo quería, decidir en un momento dado el resultado de la lucha; pero existía el inconveniente de que una vez terminada ésta, el vencedor, cualquiera que fuese, vendría a quedar tan poderoso, que corría peligro el mismo papa de ser también aniquilado. Alejandro había pensado anteriormente en acercarse a Venecia, haciendo un llamamiento en este sentido a la república del Adriático, en el que encarecía las ventajas de una alianza entre ella y la Santa sede, a la vez que presentaba tal unión como la última esperanza de salvación de la Italia antes de que fuese ya demasiado tarde; pero semejantes maniobras no dieron ningún resultado.

Gonzalo de Córdoba, que mandaba en Nápoles las fuerzas españolas, obtenía en tanto victoria tras victoria, hasta que

el 14 de mayo de 1503, habiendo arrojado completamente a los ejércitos franceses, entró finalmente en la capital. Algo más decididos por este espectáculo, Alejandro y César comenzaron entonces a inclinarse del lado de España.

Sin embargo, es posible que a pesar de sus precauciones hubieran andado algo apresurados, pues el rey Luis XII, lejos de darse por vencido, mandó, como hemos dicho ya antes, otro ejército a las órdenes de la Tremouille, en el que el mismo marqués de Mantua servía a sueldo y que se adelantaba hacia el reino napolitano, llegando en agosto hasta el patrimonio de San Pedro.

En estos mismos días, sobrevino un acontecimiento, que por haberse producido demasiado pronto, iba a truncar completamente todos los planes concebidos por César, hasta la fecha tan plenamente realizados. Nos referimos a la enfermedad y muerte del papa Alejandro VI. En realidad, no se sabe seguramente debido a qué se produjo su fallecimiento. Desde los meses de junio y de julio, la malaria, fiebre epidémica producida por los pantanos de las campiñas romanas, venía haciendo estragos en Roma, habiendo recrudecido la virulencia de la enfermedad al iniciarse el mes de agosto. Es muy probable que el papa fuera víctima de esta fiebre, aunque, como lo veremos más adelante, se dijo también que había sido envenenado. El día 5 de agosto, Alejandro se trasladó a la quinta del cardenal Adriano de Corneto, donde le fué ofrecido un banquete, inmediatamente después del cual experimentó los primeros síntomas de malestar. El desarrollo de la enfermedad fué bastante rápido, muriendo el pontífice el 18 de agosto de 1503. Según parece, su cadáver quedó tan desfigurado y tan espantoso, que todos lo abandonaron, verificándose el entierro sin ninguna de las ceremonias ni honores acostumbrados y en la forma más dejada y más miserable. Al mismo tiempo

circulaban en Roma las versiones supersticiosas más absurdas, de las que se hacían eco no sólo las gentes del pueblo, sino hasta las personas que hubieran podido ser más ilustradas; el mismo marqués de Mantua, en una carta a su esposa le refiere como algo muy creíble y fundamentado, el pacto de Alejandro VI con el diablo para obtener el pontificado, apariciones sobrenaturales y otras cosas tan infantiles y desprovistas de sentido como éstas, que demuestran la profunda ignorancia y la superstición increíble de los espíritus de la época. Lo cierto es que después de la muerte de Alejandro, el pueblo de Roma vivió días de verdadero terror. Sus últimos momentos, los detalles de su fallecimiento y entierro, y las leyendas que corrieron inmediatamente, se hallan descritas con minuciosidad en el diario de Marín Sanudo, en las relaciones de Burkhard, en las de Beltrando el embajador veneciano y en muchas otras (1).

Durante este tiempo, César, que había caído también enfermo el mismo día que el pontífice, luchaba entre la vida y la muerte. Hallóse a un paso de sucumbir, pero seguramente su juventud y el vigor de su naturaleza le hicieron reaccionar, consiguiendo salvarse después de largos días de fiebre. A pesar de todo, con su acostumbrada energía, no cesaba de preocuparse en los momentos lúcidos de los asuntos de Estado, y cuando le fué comunicada la muerte de Alejandro VI se hizo conducir al castillo de Sant'Angelo por el pasaje secreto que unía a éste con el Vaticano. El hecho de que padre e hijo cayeran enfermos el mismo día y que la dolencia se presentara en uno y otro con iguales caracteres, dió fundamento a la opinión de que ambos habían sido envenenados, cosa que seguramente no tendrían

(1) Véase sobre el particular, Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, páginas 198 y sig., y también Mereshkowsky, *op. cit.*, parte III, cap. I, pág. 281 y sig.

nada de inverosímil; pero en realidad no hay ninguna prueba de que en efecto haya sido así.

El hecho es que este grave contratiempo de encontrarse él también moribundo mientras moría el papa, deshizo todos los bien meditados planes de César y redujo a nada todas las precauciones y medidas que previamente había tomado. El mismo así se lo expresó a Maquiavelo en una conversación que con éste tuvo más tarde, según lo que el secretario florentino consigna en *El príncipe*. Dice así : « Todo le hubiera sido fácil sino hubiese estado enfermo cuando murió Alejandro. El día en que Julio II fué elevado al trono pontificio, me dijo que había pensado en cuánto pudiera suceder a la muerte de su padre y que para todo había hallado remedio; pero que nunca previó que él pudiera estar a su vez en peligro de muerte en el mismo instante en que su padre fallecía » (1). Este accidente, completamente imprevisto como se ve, fué lo que le impidió obrar en el momento preciso en que esta acción le hubiera sido más necesaria. Y bruscamente la situación cambió del modo más radical, sin que él pudiera hacer nada por evitar el cambio, ya que se hallaba postrado y moribundo.

Mereshkowsky describe con su habitual colorido la variación del estado de cosas existente en las posesiones del duque a raíz de la muerte de su padre : « Sus enemigos, sabedores ya de la muerte de Alejandro VI y de la enfermedad que a él le tenía postrado en cama, levantaron la cabeza, y una a una le iban arrebatando sus conquistas en la campaña romana. Los Vitelli, marchaban ya contra la ciudad de Castello; Juan Pablo Baglioni, estrechaba el cerco de Perusa; Urbino habíase levantado en armas; Piombino y Camerino, habían recobrado su independencia; Prós-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 52.

pero Colonna, se acercaba amenazador a las puertas de Roma, y el conclave reunido para la elección de pontífice, imponía como condición indispensable para llevar a cabo su cometido, que Borgia se ausentase de la ciudad. Todo, pues, se conjuraba contra César; el edificio construido por medio de la violencia se derrumbaba miserablemente. Los mismos que poco antes, llenos de terror, temblaban al pensar en su poder, le esearnecían ahora, celebraban su caída y descargaban sus golpes sobre el joven león que agonizaba. Los poetas hicieronle también blanco de sus mordaces epigramas » (1).

El papa había muerto el 18 de agosto y ya el 3 de septiembre Juan Sforza había vuelto a entrar en Pésaro, donde tomó venganzas sangrientas contra todos los que lo abandonaron anteriormente en el momento del peligro. También Guidobaldo de Montefeltro, volviendo a toda prisa de Venecia, recuperó fácilmente el ducado de Urbino. Tan sólo la Romaña, en la que, por ser más antigua su dominación, se habían podido experimentar las ventajas de su gobierno, le permanecía fiel; además, Lucrecia Borgia, a la sazón duquesa de Ferrara, aunque no reinante todavía por vivir su suegro, desesperada ante la trágica situación en que se hallaba César, había suplicado al duque Hércules que ayudara a aquél a conservar sus Estados, y como al duque de Este le convenía que César mantuviera su dominio sobre la Romaña, envió allí a Pandolfo Colenneccio para que aconsejara a las poblaciones la fidelidad a su antiguo dueño. Este, una vez restablecido, vióse obligado a adoptar una actitud de deferencia hacia los cardenales, retirándose a Nepi a esperar el resultado de la elección del nuevo papa, después de haber tratado con el embajador

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, parte III, cap. I, pág. 288.

francés en Roma para ponerse bajo la protección de Francia. Garantía, efectivamente, su seguridad, el hecho de hallarse el ejército francés acampado muy cerca de la ciudad. Desde allí, con toda su calma y sangre fría habitual, esperaba la decisión del conclave que estaba ya reunido.

El Sagrado colegio se hallaba entonces lleno de cardenales españoles, pues Alejandro se había preocupado de que predominaran los de este origen; de aquí, pues, que primara en las deliberaciones del conclave, que fué extraordinariamente más venal que todos los que le habían precedido, la influencia de Fernando de Aragón.

El cardenal de la Rovere, convencido de que las circunstancias no le permitían ocupar todavía la silla de San Pedro, unió sus esfuerzos a los de Fernando, resultando entonces electo el cardenal de Siena, que tomó el nombre de Pío III. César esperaba que fuese electo su amigo el cardenal de Amboise; sin embargo, Pío III le otorgó también su favor, permitiéndole volver a Roma adonde el duque se apresuró a regresar. Pero los tiempos ya no eran los mismos. Apenas entró en la ciudad, los Orsini se levantaron pidiendo con reconcentrada ira la muerte de su enemigo, y César debió salvarse a toda prisa encerrándose en el castillo de Sant'Angelo. Para colmo, el 18 de octubre, después de un pontificado de 27 días, murió Pío III, siendo reemplazado el 1º de noviembre por el más acérrimo enemigo de César Borgia, el cardenal Julián de la Rovere, que ascendió al pontificado como Julio II. Debió su elección a la misma simonía que Alejandro VI, y además a un pacto celebrado con César, por el cual éste permitió a los cardenales españoles que votaran por de la Rovere, bajo la promesa de éste de que, una vez electo, lo conservaría en su cargo de gonfaloniero de la Iglesia. Este fué un error político irreparable, pues apenas ciñó la tiara Julio, por

todo cumplimiento del pacto encerró a César en los calabozos de Sant'Angelo, aplicándole la misma política que todos usaban y que César se hallaba cansado de practicar. Maquiavelo se refiere especialmente a este grave desacierto cometido por el duque de Valentinois, diciendo : « Lo único que se le puede reprochar es el advenimiento de Julio II, a cuya elección cooperó; porque si, como he dicho, no pudo hacer nombrar a quien él quería, al menos pudo haber excluído a otro, pero nunca debió consentir la exaltación de los cardenales a quienes había ofendido, y que al ser papas pudieran temerle; que los hombres nos ofenden por odio o por temor » (1). El papa Julio II consiguió en esta forma satisfacer su antiguo odio contra los Borgia, odio que no tenía por cierto ninguna raíz moral, ya que él se hallaba muy lejos de juzgar mal a César y a Alejandro por la política que siguieron o por los medios empleados en tal política. Como se ve por la conducta seguida con César, él hacía uso de los mismos, y años más tarde no tuvo ningún inconveniente en consentir en el matrimonio de su sobrino con la bastarda de Alejandro VI y Julia Farnesio, aliándose así con esta familia, a la que siempre combatió tan encarnizadamente (2).

Por medio de la fuerza arrancó a César en su prisión la entrega de las plazas fuertes de la Romaña, algunas de las cuales se resistieron aún a las mismas órdenes de César para que rindieran sus castillos, suponiéndose la forma en que estas órdenes habían sido conseguidas.

En abril de 1504, Julio II puso por fin en libertad al duque, que se embarcó en Ostia para Nápoles junto con su hermano Godofredo, esperando ser ayudado por Gonzalo

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 53.

(2) Véase Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, pág. 150 y sig.

de Córdoba, que mandaba las tropas españolas de ese reino. Pero apenas llegado, sin hacer caso de su salvoconducto, Gonzalo lo hizo prisionero el 17 de mayo, encerrándolo en el castillo de Ischia, después de lo cual fué conducido a España. «La traslación de César a España — dice Gregorovius — hizo muchísimo ruido. Nadie, ni Gonzalo, ni el papa, ni el rey Fernando, quería ser considerado como su autor. Se decía también que era la viuda del duque de Gandía la que había obtenido de la corte de España el arresto del matador de su marido » (1).

Conducido primero a Sevilla, bien pronto fué trasladado a Castilla, donde se le encerró en la fortaleza de Medina del Campo. Así terminó, a los 28 años, la carrera política de este hombre, que después de haberse elevado hasta el más alto grado del poderío, se veía precipitado bruscamente hasta el más profundo abismo de la caída.

Los cardenales españoles interpusieron toda su influencia para conseguir su libertad, pero sin resultado. En toda Italia no había un solo príncipe que pudiera desear la vuelta de César; para todos hubiera sido una amenaza, un motivo constante de inquietud; los Este, emparentados tan estrechamente con él, temían que a su retorno hiciera de la corte de Ferrara el núcleo de su política y su activo centro de operaciones; los Gonzaga, aunque conservaban por él algo de amistad, se habían apresurado a unirse a nuevos señores. Todos, pues, se hallaban más tranquilos sin ese extraño elemento que rompía el equilibrio con su personalidad excesivamente vigorosa, y nadie trabajó en realidad por el ayer todopoderoso conquistador, desaparecido tan repentinamente de la escena. Solamente Lucrecia, desolada por la suerte de su hermano, hizo todo cuanto en su

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, pág. 130.

mano estuvo, suplicando continuamente a su suegro, el duque de Ferrara, y a sus amigos los Gonzaga, para que le ayudasen; pero por las razones que hemos expuesto más arriba, sus súplicas no fueron escuchadas.

Así transcurrieron poco más de dos años, y ya todo parecía haber terminado definitivamente, cuando de pronto corrió como un reguero de pólvora la noticia de que César Borgia había conseguido huir del castillo de Medina y que había fijado su residencia en Benavente. Su evasión se debió a circunstancias fortuitas; desde la primavera de 1506 Fernando el Católico deseaba sacar a César de su prisión y llevarlo con él a Nápoles, donde pensaba dirigirse para arreglar algunos asuntos y muy especialmente por las sospechas que había concebido respecto a la fidelidad de Gonzalo de Córdoba; ahora bien, el rey Fernando se hallaba en malos términos con su yerno, el archiduque Felipe, debido a las pretensiones de este último con respecto al gobierno de Castilla; de manera que cuando Fernando quiso llevarse a César, Felipe no se lo permitió, fundándose en que Medina del Campo, donde aquél se hallaba prisionero, era una plaza castellana. Partió pues Fernando para Nápoles, y hallándose él fuera de España, murió el archiduque, ocasión que aprovechó César para huir a las tierras del conde de Benavente. Según parece, huyó por medio de una cuerda a lo largo de la cual se deslizó desde una enorme altura, y para colmo, descubierto y habiéndole cortado la cuerda, aunque medio aturdido por la caída, tuvo la presencia de ánimo y la energía suficiente para ponerse a salvo en un caballo que tenía preparado, antes de que sus carceleros pudieran alcanzarlo. Narramos con algún detalle este episodio, porque él destaca muy claramente el carácter de Borgia y su feroz energía, nunca domada a pesar de todas sus desgracias.

La huída de César sembró la alarma en Italia. « Cuando se esparció la noticia de la fuga de César Borgia, dice Meshkowsky, toda la península se estremeció de terror. El papa Julio II no era de los que estaba menos aterrados, y por lo tanto, se puso a precio su cabeza, ofreciendo diez mil ducados a quien lo entregase. » Tal alarma tenía fundamento, ya que era hombre de talla suficiente para hacer temblar a todos los príncipes de los Estados italianos, inclusive el papa, y como era natural, todos se imaginaban que su primer pensamiento sería volver para reiniciar la lucha. Zurita, dice en este mismo sentido, que « la libertad de César consternó al papa, porque el duque era hombre que se bastaba para poner en conmoción él solo a toda Italia; era muy amado, no solamente entre las tropas, sino también de muchos habitantes de Ferrara y de los Estados de la Iglesia, cosa que ocurre raramente a un tirano » (1). En efecto, la Romaña particularmente no cesaba de esperarlo, sin olvidar nunca que la había librado de sus opresores, implantando en ella un gobierno justo y humanitario.

Apenas libre César, había enviado a Italia a su secretario y a su mayordomo Requesenz, para que le informaran acerca de la situación existente y de las probabilidades de una restauración. Pero el momento político era el menos apropiado para ello : Julio II se había hecho dueño de Bolonia y se aprestaba entonces (fines de 1506) a marchar sobre la Romaña, teniendo como generalísimo de sus ejércitos al marqués de Mantua, con quien había contado César para que le sirviera de apoyo. Nada, pues, había que esperar por ese lado. Uno de los enviados de César fué arrestado por orden del papa; iniciar una contienda en

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo II, pág. 163.

tales condiciones hubiera sido ir directamente al fracaso. En la corte de Ferrara, Lucrecia seguía trabajando incansablemente por su hermano, con quien nunca había cesado de estar en correspondencia; pero sus esfuerzos eran inútiles.

En tanto, en España algunos barones que deseaban dar la administración de Castilla al emperador Maximiliano, padre de Felipe, tenían la intención de enviar a César a Flandes como su representante en la corte del emperador. Pero este proyecto tampoco fué realizado, y César se dirigió entonces a Pamplona, donde reinaba su cuñado el rey de Navarra. Desde allí envió a Requesenz a la corte de Francia para tratar de conseguir el apoyo de su antiguo aliado el rey Luis XII; asimismo trataba de reclamar la pensión que le correspondía como príncipe de la casa de Francia, por el ducado de Valentinois. Pero Luis hizo oídos sordos a tales reclamaciones, y el enviado tuvo que regresar sin haber obtenido absolutamente nada. César, mientras, había recibido un alto mando militar en las tropas del rey de Navarra, que se hallaba en guerra con un vasallo rebelado, don Luis de Beaumont, conde de Lerín. La campaña contra el señor de Beaumont debía ser ya la última de César Borgia. Cayó el 12 de marzo de 1507 frente al castillo de Viana, al que ponía sitio el ejército navarro. En un encuentro tenido con los franceses, penetró temerariamente en las filas enemigas, y separado de los suyos y acosado, fué cubierto de heridas, defendiéndose desesperadamente hasta el último momento. Murió como había vivido, fieramente, «sin miedo y sin remordimientos». No tenía más de 31 años. Sus funerales, como los de Héctor en la *Iliada*, fueron suntuosos.

La noticia de la muerte de César fué un verdadero alivio para todos aquellos que, temblando ante su solo nombre,

le veían siempre como una constante amenaza en el horizonte político. De haber vivido, es muy probable que las circunstancias hubieran cambiado para él en Italia, y seguramente hubiera tenido ocasión de volver a mezclarse en la agitada vida de la península, ya sea como soldado de la república de Venecia, ya mandando las tropas del duque de Ferrara en la guerra que éste tuvo más tarde contra el papa, ya al servicio de Francia, que después de los asuntos de la liga de Cambrai, quizá le hubiera apoyado en sus pretensiones sobre la Romaña, por vengarse de Julio II. Por eso su muerte en plena juventud, en un ignorado barranco de Navarra, fué recibida con un suspiro de descanso por el papa y por todos los príncipes de los Estados italianos, que se veían tan repentinamente libres de su constante temor.

César Borgia fué uno de los más consumados políticos del Renacimiento; sólo a su mala suerte excesiva, que hace resaltar Maquiavelo, se debió el fracaso de sus planes y no a su falta de previsión. El secretario florentino analiza con detenimiento la forma en que él había tratado de asegurarse, para la eventualidad de que muriera Alejandro VI, y después de examinarlos, los encuentra perfectamente acertados, habiéndole faltado tan sólo el tiempo necesario para llevarlos a la práctica. Tan acertados los encuentra Maquiavelo, que refiriéndose a ellos dice que: «...de haberse llevado a cabo tales proyectos, que ya habían empezado a dar buenos resultados el año en que murió Alejandro, hubiera adquirido tanto poder y fuerza tanta, que se hubiese sostenido por sí solo sin depender de la fortuna ni de la fuerza ajena». Y a continuación agrega: «Pero Alejandro VI murió a los seis años de haber desenvainado la espada el duque y sólo le dejó bien consolidado el Estado de la Romaña, porque todas las demás conquistas

estaban en el aire entre dos poderosos ejércitos enemigos y, encima de esto, hallábase él atacado de mortal enfermedad. Pero tales eran la habilidad y la bravura del duque, conocía tan bien a los hombres a quienes debía conquistar o perder y eran tan sólidos los fundamentos que en breve tiempo supo colocar, que a no haber tenido aquellos dos ejércitos enemigos, o a no haber estado enfermo, hubiera vencido seguramente todas las dificultades » (1). Tenía, pues, como lo prueban los párrafos citados, fe ciega en la pericia con que César sabía manejar los asuntos políticos, y le creía capaz, por la fertilidad de sus recursos, de dominar una situación, siempre que no hubiera de por medio circunstancias que, como la de su enfermedad, eran imposibles de salvar.

El hecho de haber quedado trunco el verdadero plan de César, o sea la constitución de un reino para sí, le hizo ser artífice de una obra nefasta, como fué el engrandecimiento temporal de la Iglesia romana, que habiendo hecho tanto mal cuando aun nada poseía, pudo hacerlo mucho mayor una vez que fué dueña de un Estado que la hizo figurar como potencia en el concierto de las naciones europeas. La obra involuntaria de César, debía ser continuada muy conscientemente de inmediato por el papa Julio II, que supo aprovechar el terreno ya conquistado para llevar todavía más adelante las pretensiones de la Santa sede.

Bien es cierto que aunque victoriosa en el orden material, la Iglesia debía recibir muy pronto un terrible golpe en el orden espiritual con la Reforma, que aunque degenerada luego y convertida en el protestantismo fanático, fué para su tiempo una de las más hermosas manifestaciones del pensamiento rebelde. El Renacimiento lo fué tam-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 51.

bién, pese a las sombras que sobre esa orgía de luces arrojan sus costumbres, porque su significado es, aún con ellas mismas, un significado de afirmación humana.

Y de esos hombres del Renacimiento, tan complejos y tan contradictorios, hermosos, refinados, galantes, ilustrados en las letras y en las artes, valerosos a la vez que criminales, supersticiosos hasta lo inconcebible, creyentes sinceros, políticos tortuosos, brillantes y seductores, César Borgia es uno de los representantes más acabados. Poseyó en grado máximo las cualidades de su tiempo y fué maestro en todos sus aspectos, tanto en la elegancia como en el crimen. Por eso su vida, brillante, breve y culpable, es el resumen de una época.

María Lydia Lamarque.

Agosto 24 de 1926.